CARTA XXIV.

DEL CONDE A MADAMA DE MONTIER (1).

Me obligais á romper el silencio, mi muy amada madre y Señora; ¿no podiais conocer las razones que me obligaban á ello? Me decís que la medida está llena, y que no obstante nada podrá hacerla verter; esta protesta no puede forzarme á descubriros mi corazon, y mi pluma se resiste á pintaros los sentimientos que le agitan. Perdí para siempre toda esperanza de paz y tranquilidad. Nada podrá reparar los males que mi indiscrecion ha causado; nada podrá hacérmelos olvidar.... pero respeto en vos la causa de todas mis penas; no me pidais mas, porque es cuanto puedo sobre mi corazon, al que han herido de un modo demasiado sensible, para que esta llaga pueda cerrar-

(1) Para la mejor inteligencia de estas cartas, se debe advertir que la Marquesa, su esposo y el Conde escribian por el mismo correo. El Marqués anuncia que está curado de los celos, y su esposa se queja aun; lo que consiste en que él escribe desde la posada en que estaba el propio que le trajo las cartas prometidas, y no se ha presentado todavia á la Marquesa, que ignora su mudanza. Del mismo modo caminando la posta con mas velocidad que el propio que trae la carta del Conde, responde Madama de Montier á su hija y al Conde, ántes de saber el feliz efecto que en el Marqués ha hecho su carta.

se jamás. El afecto que profeso á la familia en que me habeis hecho el honor de admitirme, me hace evitar un escándalo, porque si no me iria á lo último del mundo.... Me detengo: nada de lo que pasa en mi alma se traslucirá; haré con el Marqués lo que me mandais, y me hallareis siempre pronto á obedeceros con tal que no exijais un imposible, como seria pedirme que estimase y amase á quien no puedo ya ver sino con un ódio que llega hasta el horror, y un desprecio demasiado bien merecido para que nunca cese.

RESPUESTAS

á estas tres cartas, por Madama de Montier.

CARTA XXV.

PARA LA MARQUESA.

Bendigo á Dios, mi querida hija, por las abundantes gracias que derrama sobre tí, que eres verdaderamente para mí una hija de consuelo. Las contradicciones, las duplicadas penas que experimentas de algunos años á esta parte, principian á producir su efecto en tu alma; ella se afirma, se fortifica, y se desnaturaliza por decirlo así; porque tú que eras naturalmente débil y pusilánime, tú serás muy pronto superior á todos los

acontecimientos, sean los que quieran, mientras que mis héroes estén trastornados. No creas sin embargo que llegarás hasta ser insensible, no lo permita Dios; esta disposicion que miro como monstruosa, me causa horror. La virtud sólida no endurece el corazon, y no disminuye en nosotros nada de la facultad que tenemos de sufrir: al contrario, una verdadera cristiana ama todo lo que debe amar mil veces mas tiernamente que ninguna otra, y por consecuencia siente mucho mas el contra-golpe de las penas de las personas á que está unida; pero se aflige de ellas sin turbacion, sin abatimiento, y como me lo demostrabas en tu última carta, no pierde de vista la mano que la hiere, y que lo conduce todo para nuestro mayor bien. Estoy tan persuadida de tu perfecta sumision á las órdenes de Dios, que haria escrúpulo de disminuir el mérito de esta sumision, disimulándote que tus penas pueden aumentarla aun. La habilidad del Todopoderoso (si puedo servirme de esta expresion) no tiene límites; cuando quiere conducir un alma á la perfeccion, sabe crearla ocasiones de sufrir en el seno mismo de la felicidad, y muda para ella las rosas en espinas. Humíllate considerando cuán poco digna eres de que Dios te haya escogido para obrar en tí tan grandes cosas; no pongas límites á tu resignacion, y sin permitirte ver nada de positivo en lo futuro, baja la cabeza, y prepárate á todo. He aquí la disposicion en que me ha puesto la Divina Providencia. Digo que no debemos preveer nada de positivo, porque no nos da Dios valor para soportar los males sino conforme van sucediendo. Si hubiese podido reunir bajo un solo punto de vista todo lo que he tenido que sufrir de un año á esta parte, á saber, la locura de tu hermana, la quebrantada salud de tu hijo &c.... la naturaleza no hubiera podido con este peso. A cada nueva desdicha la miro como la última, y me parece imposible que pase mas adelante: sin embargo, hay otra mayor ínterin que estemos sobre la tierra; preparémos á ella nuestro corazon, y si nuestra fé es viva, caminarémos sin sumergirnos en las aguas de la tribulacion, como Pedro que no estuvo en peligro hasta el momento crítico en que principió á temer. No tengas, te suplico, ninguna inquietud por mi salud, que es perfecta, excepto esta ceática que me entorpece las piernas, por lo que ando un poco arrastrándolas. El médico del Marqués me vé dos veces á la semana, y yo le obedezco por pura complacencia; estoy persuadida á que el cirujano de la aldea hubiera bastado para lo que yo queria hacer, que á la verdad no era gran co-

sa: es menester que estos males sigan sus trámites.

Por lo que me dices no puedo formar un juicio positivo sobre el estado de nuestro querido Marqués, y casi creeria que algunos discursos de tu infeliz hermana han levantado las nubes que te espantan. Creeme, querida hija mia, para no engañarte, ponte en lo peor: persúadete que tu esposo conoce tu flaqueza, y entrégate de buena gana á la humillacion que esta idea debe causarte, la cual te será tanto mas saludable, cuanto no la has merecido; no ha sido eleccion tuya, sino que te viene directamente de la mano de Dios. El amor propio es tan sutíl y astuto, que en todo se mezcla, aun en las buenas obras que son de nuestra eleccion. Para saber si nuestra virtud no es imaginaria, es menester examinar atentamente cómo nos portamos en las penas que la Providencia nos envia, y que nos cojen, por decirlo así, de sorpresa. ¿No es verdad, hija querida, que de todos los modos de ser humillada, el que hoy temes te parece mas terrible, y el que ménos hubieras escogido? La fé no obstante igualmente que la razon, te enseñan que es el mejor, y el mas ventajoso para tí, supuesto es el que Dios te envia. Estoy persuadida á que en todo hubiera consentido tu pobre hermana antes que en la horrible situacion á que se vé reducida; y sin embargo, esta es el único remedio que podia curarla radicalmente, pues es de él que su Divina Magestad se sirve. No sé si lo que preveo tocante á ella, se debe atribuir á mi imaginacion, que con facilidad se persuade las cosas que ardientemente desea, ó si es un presentimiento que Dios me envia para sostener mi valor. De cualquier modo que sea, me persuado que el fin de todo esto será la mudanza absoluta de esa querida hija: su orgullo y su soberbia serán del todo quebrantadas, confundidas, y la verémos convertirse sinceramente. Si tiene esta felicidad, te advierto que adelantará mucho en el bien, y que solo tendré que detenerla. Este pensamiento no me deja un instante, y vivo con esta alegre esperanza. Así es como este Dios de bondad nos da consuelos proporcionados á los males que hemos sufrido. Qué dulce es para mí, pongo por ejemplo, ver á tu hijo en un estado de salud que no parecia verosímil despues de la debilidad á que estaba reducido. Este niño hace para mí una pequeña sociedad que toda me encanta. El talento preside á todos sus discursos; nada de brillante, ninguna sal, pero un aire siempre igual, siempre mesurado, que agrada sin sorprender. Me parece que podria formar su horóscopo; si Dios nos le

conserva, será el hombre mas de bien que haya segun toda la fuerza de esta voz: no pido su vida sino con esta condicion. Adios, hija mia, confianza, abandono, resignacion: esto es lo que deseo con mayor ansia, no solo para tí, sino tambien para mí, porqué debo confesar que lo necesito en extremo.

CARTA XXVI.

RESPUESTA DE MADAMA MONTIER AL CONDE.

¿Y llamas á tu carta una atencion, querido Conde mio? ¡Cuán cruel es! ¿Y qué podrias tú decirme que pudiese afligirme mas? No procuraré excusar la desgraciada causa de todos tus pesares, confieso que un matrimonio que hubiera hecho tu felicidad si mis votos hubiesen sido oídos, ha sido para tí un manantial abundante de los males mas terribles; ¿pero no tenias tú nada que reparar, y espiar á los ojos de Dios? Tu confianza me permite hablarte con el corazon descubierto. Trae á la memoria una conversacion que tuvimos los dos algunos dias ántes de que partieses á Turin; en ella me confesaste que bajo la capa de hombre de bien, segun el mundo, ocultabas un corazon anti-cristiano; que jamás habias apreciado sino los bienes perecederos, y

que indiferente en las cosas de la salvacion, helado para con tu Dios, no habias jamás cumplido con las obligaciones que te imponia el cristianismo, sino por el bien parecer y costumbre, sin que ni el espíritu ni el corazon tuviesen en ello la menor parte. Acuérdate de que esta vida del todo pagana, te parecia entonces, como en efecto lo era, una vida verdaderamente criminal á los ojos de aquel que no nos ha hecho sino para sí. Te extremecias con razon de lo que tenias que temer de su justicia; conocias la necesidad de aplacarla, no solamente con una vida mas cristiana, sino con una penitencia austera; gemias por estar atado con lazos que no te permitian entregarte á ella; pedias con lágrimas al Señor que te castigase en esta vida, con tal que tuviese misericordia de tí en la otra. ¿Qué se han hecho estas felices disposiciones? Principia el Señor á escuchar tus súplicas, y te revelas contra sus órdenes: tu esposa por una negra ingratitud ha olvidado todo lo que has hecho por ella; ¿y no ha hecho mas por tí el Señor criándote, rescatándote, colmándote de sus bienes? Sin embargo, todo esto no te ha impedido ser ingrato; ¿cómo podrás esperar que te perdone? ¿cómo te atreverás á pedírselo? tú que cierras tu corazon á la misericordia para con una pobre criatura, actualmente debajo de la

mano de la justicia, y tal vez pronta á ser el objeto de sus complacencias por una conversion sincéra; tú la aborreces, tú la desprecias; persuádete á que estos sentimientos te ponen á nivel con ella, y te quitan el derecho de tratarla como culpable. ¿Pero al cabo de qué lo es? ¿De haberse dejado llevar del orgullo? Tú te dejas arrastrar del ódio. Su edad la ofrece grandes recursos, y un tiempo considerable para reparar sus excesos. ¿Cuándo pretendes tú reparar los tuyos, pues que en el corto espacio que te queda no piensas mas que en aumentarlos? ¡Ah! mi querido Conde, mucho ménos pena me causaria la pérdida de tu fortuna, de tu reputacion, de tu salud, de tu misma vida, que el conocimiento de tus desgraciadas disposiciones. Será pues cierto que el dolor debe terminar una vida que la enfermedad habia perdonado, porque tú no debes esperar que pueda yo sobrevivir á semejantes golpes, Vas á conducir mi vejez al sepulcron en la afliccion y las lágrimas. ¡Ay de mi! querido Conde, contaba contigo tanto como con la Marquesa. ¡Qué modelo mas digno de tí, que el que ella ofrece á tu vista! Cuenta si puedes todas las cruces con que la ha favorecido Dios desde su matrimonio. Si me quisiese valer del lenguage de la carne, podria decir que ella no estaba hecha para experimentar tales

infortunios. La alta clase á que se ha visto elevada, sin haberlo siquiera deseado; las grandes riquezas de que goza; en una palabra, todas esas frívolas ventajas que el mundo estima, no han sido para ella otra cosa que fecundo orígen de los males mas acerbos que hubiera siempre ignorado en su situacion primera. Esta reflexion que te presento no la ha hecho ella; tranquila en las manos de Dios, ni una sola queja alteró su absoluta sumision. ¡Oh Dios! podrias tú exclamar con San Agustin, los ignorantes arrebatan el Cielo, y nosotros, con todo nuestro valor y nuestra ciencia; permanecémos detrás. Tendrías por un insulto que te dijesen que tenias ménos valor que una muger, y no sé hasta dónde llevarias tu resentimiento contra un hombre que tuviese la temeridad de decírtelo en tu propia cara. Si esta reconvencion te pareceria una afrenta, avergüenzate de merecerla. Elévate sobre tí mismo y muéstrate verdaderamente cristiano. Si solo amais á los que os hacen bien, dice nuestro Divino Maestro, ¿qué recompensa mereceis? Los paganos y publicanos hacen otro tanto. Pero yo os digo, amad á los que os aborecen, á los que os persiguen; porque el Padre celestial hace salir el sol igualmente para los malos que para los buenos. No te niega estas luces

á tí que le desobedeces actualmente; y se sirve de mí, pobre miserable, para reducirte al amor y á la observancia de su Ley santa, y ponerte en estado de recibir su misericordia; ¿podrás tú negársela á una pecadora ménos culpable para contigo que lo eres tú á los Divinos ojos? No, querido Conde mio, tu corazon no se hizo para el ódio; tú podrás mas que ese movimiento pasagero que te ha vencido, y merecerás por este sacrificio que Dios te perdone; porque su Divina Magestad se servirá para contigo de la misma medida de que vas á servirte con mi desgraciada hija. Eres el dueño del juicio que te formará algun dia; vas á ofrecerle el modelo de tu propia sentencia. Si estás sin misericordia, no la esperes de su parte. ¿Cómo podria subsistir tu resentimiento á la vista de esta verdad? No te creo capaz de una dureza semejante. ¡Qué abundancia de gracias no va á traer sobre tí este sacrificio! ¿Quién sabe si aun en esta vida recibirás la recompensa de él? Tal vez llegarás, por decirlo así, a obligar á la justicia de Dios á que ceda á su clemeneia, tal vez te deberé yo el doble milagro de la curacion del alma y cuerpo de tu esposa; que sea así, querido hijo mio; te conjuro á ello por la amistad que me has jurado, ó por mejor decir, te lo suplico por el nombre de Jesus. Tu respuesta decidirá, ó mi vida, ó mi muerte.

CARTA XXVII.

DE MADAMA DE MONTIER AL MARQUES.

Tenia yo, querido Marqués, una grande opinion de tu fuerza y de tu virtud; sin embargo, te confesaré francamente que no esperaba verte llevar el heroismo tan lejos; digo el heroismo, y no creo envilecer este término empleándole en una ocasion que á los ojos del vulgo parecería de poca importancia. Entre los que componen esta clase se necesitan acciones ruidosas para merecer el nombre de héroe; y á la verdad hay mil ocasiones en que pueden ser hechas por gentes que no tienen sino muy poco valor. Lo brillante de la accion, los aplausos y la gloria, que son sus resultas, embriagan al llamado héroe, que despues de recobrado en su estado antiguo, y puesto á sangre fria, seria el mas humilde siervo del heroismo, y absolutamente incapaz de elevarse sobre la pusilanimidad natural para llegar á él. La grandeza de la accion no constituye á mis ojos el grado de gloria que se adquiere al hacerla, sino su dificultad; es menester tambien que esta gloria no sea su motivo, y que solo el amor de lo bello, de lo bueno, y de lo justo, haya animado al que la ha hecho: de suerte que con tanto gusto

se incline á hacerla cuando únicamente tiene á Dios por testigo, como cuando fija los ojos de una multitud pronta aplaudirle. Segun esta definicion del heroismo (que es la única que creo verdadera) juzgo de tu accion, que sin duda te ha costado mas que el exponerte á ser llevado de un cañonazo, como cien veces lo has hecho sin reflexionar en el peligro. Estoy segura de que gustas actualmen te frutos bien dulces de tu victoria. La paz del corazon, tesoro inestimable y tan poco conocido, la paz del corazon, vuelvo á decir, te recompensa absolutamente de todo lo que has sufrido, y yo, que nada he sacrificado, participo del fruto de tu victoria. ¡Con qué sobresalto esperaba yo el dia de correo despues que recibí tu primera carta! Yo me hallaba en el estado de un reo, pronto á recibir su sentencia de muerte; estoy en el dia en una disposicion muy contraria, y hasta que disfrute los transportes de gozo de mi querida Marquesa, cada hora me va á parecer un siglo. Comprendo que me escribió la última vez en el tiempo de tu ausencia, y ántes de haber podido reparar la feliz mudanza que me anuncias. Deseas conocer los motivos de la ausencia repentina de Mastrilli; voy á decírtelos. Tú sabes que este señor, que segun dicen es muy amable, estaba desesperado con el desaire de la Condesa, y no tenia otra satisfaccion que hablar de su desgracia, y de su amor á tu esposa. La compasion que la inspiró, causó en su corazon una especie de enternecimento, que me pintó sin hacer atencion en él, y que me llegó á ser sospechoso, atendidas las críticas circunstancias en que entónces se hallaba. Aquel era precisamente el tiempo en que la pobre Marquesa sentia los primeros golpes de los celos, y en que un delirio, porque tú has llorado, te habia enfriado extraordinariamente con ella. La comparacion del fuego de Mastrilli con su hermana y de tu tibieza, la arrancó suspiros y quejas; conocí todo el riesgo de su estado, y quise mas alarmarla fuera de propósito, que dejarla expuesta á un peligro que no preveía; su amor propio se hallaba cruelmente herido, su ternura por tí vivamente ultrajada, y el despecho es un consejero peligroso. Me asusté verdaderamente del efecto que produjo mi carta; la sombra de un sentimiento contrario al deber, aterró esta alma pura y temerosa, y estuvo para causarla la muerte. Determinada á todo para arrancarse de un riesgo que yo la exageré, como ya te he dicho, se dirigió al Conde, y contando por nada el juicio que él iba á formar de sus motivos, le conjuró á que hiciese de modo que Mastrilli jamás volviese á parecer á su vista. El Conde se

lo prometió, y para no comprometer á la Marquesa, habló en nombre de su hermana, contra la que tú estabas entónces muy irritado, é hizo saber á este señorito, que el único medio de no ser aborrecido, era el hacer cesar por su ausencia la especie de persecucion, á que sin querer la exponia. Vé aquí, querido mio, lo que ocasionó esa ausencia, cuyos motivos no pudo adivinar Mastrilli; hubieras visto todo este detalle en las cartas que me has devuelto, y cuya lectura no hubiera producido otro efecto, que el aumentar tu admiracion y respeto á tu virtuosa esposa: estoy tan persuadida de esto, que pienso ocupar el tiempo que tengo en copiar estas cartas ántes de guardarlas, y quiero absolutamente que las leamos juntos en el primer momento que nos reunamos. Pero no puedo esperar hasta entónces á darte una prueba nada equívoca del amor que te tiene mi querida Marquesa; te envio la carta que acaba de escribirme, y no te pido por precio de mi infidelidad, sino un gran secreto respecto á ella. No habria consuelo para esa pobre muger si pudiese sospechar mi traicion, y hablando francamente ha tenido bastantes penas sin añadirla ésta, y es menester dejarla respirar.

Bien conoces que no puedo ignorar la causa de tus sospechas, y te convencerás bien al leer

la carta de tu esposa, que tampoco ella lo ignora. Imítala en la generosidad con que ha perdonado á su hermana; todos teneis motivos de quejaros de esa pobre desgraciada, y el Conde sobre todo siente su indiscrecion de un modo tan terrible, que en una alma comun tendria yo que temer las mas funestas resultas; espero amortiguar su resentimiento por la idea del terrible estado á que me reduciria si permaneciese inflexible. Dale el ejemplo de un generoso perdon, y tenga yo la dicha de ver reunida mi familia por los vínculos de una viva y tierna caridad, que producirá la gloria de Dios, y nuestra comun ventaja Quedo, &c.

CARTA XXVIII.

DE LA MARQUESA D.**** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Acepto de buena gana la receta que me habeis enviado; no preveer nada y esperarlo todo. ¿Qué riesgo puede tener un hijo dócil en abandonarse á los cuidados de un padre tan tierno como sábio y poderoso? Se ha impreso de tal modo esta idea en mi espíritu, que ha penetrado hasta mi corazon, y me parece que